

Compañía de Teatro *Pequeña Isla*

TERRARIO



Elenco: Francisco Ríos, Sergio Rosas,
Cristóbal McIntosh

Arte: Sofía De Grenade

Diseño de iluminación: Francisco Ríos

Diseño sonoro: Jorge Vio, Francisco Ríos

Idea original: Margarita Poseck / Sofía De Grenade

Dirección General: Margarita Poseck



Inspirado en los acontecimientos del terremoto del año 1960 en la zona, “Terrario” es una metáfora sobre los mecanismos de lucha creados por el hombre en situaciones adversas. Tres sujetos expuestos al derrumbe de su entorno trabajan por la reconstrucción de su propio hábitat en un homenaje a los cientos de hombres que lucharon para contener las aguas del Lago Ríñihue que amenazaban volcarse sobre la ciudad de Valdivia.

La propuesta escénica se postula desde el trabajo del cuerpo en oposición al espacio. Para su puesta en escena se utilizó las dependencias del Museo de Arte Contemporáneo de Valdivia por constituirse este como testimonio vivo de la catástrofe y por ser hoy día un espacio de exhibición para las artes visuales en la medida que TERRARIO se articula más allá de lo teatral en sentido tradicional construyendo un discurso que se fundamenta desde las artes visuales.

Licenciada en Filosofía y Magíster en Comunicación realiza estudios en actuación en la ex Facultad de Bellas Artes de la Universidad Austral de Chile. En el 2004 se hace cargo de la dirección de la Compañía de Teatro de esta misma casa de estudios, hoy *Compañía Teatro Pequeña Isla* desempeñándose además como docente en las áreas de teatro e imagen.

Desarrolla en forma paralela trabajos en el área audiovisual con trabajos en ficción y documental. Ha participado como realizadora y guionista en festivales internacionales como Bilbao, Vancouver, Suiza y circuitos nacionales.











Fotografía: Edmundo Cofré Godoy

TERRARIO: EL FRÁGIL ESPACIO DONDE VIVIMOS

El último montaje de la Compañía de la Universidad Austral de Chile, Terrario, dirigido por Margarita Poseck, toma un hecho trágico y puntual acontecido en la ciudad de Valdivia (la subida del lago Riñihue producto del terremoto de 1960) para llevar a cabo una propuesta teatral signada por la visualidad. Pero para ser sinceros, este hecho deviene metáfora de una condición humana mucho más universal: la fragilidad del hombre frente a la naturaleza.

Así, en el centro de un espacio (acertada opción de presentar el montaje en el Museo de Arte Contemporáneo dadas las características del recinto) se ubica Terrario o, más acertadamente, Terrario es el espacio. Un espacio que apunta a esa instalación vidriada donde se exhiben anfibios y reptiles. Sobre este concepto se instala la acción. Desde este espacio, circular, se acomete la espacialidad que se va desenrollando a través de secuencias ligadas donde los personajes van respondiendo al acontecer de la naturaleza. Allí, sobre baldes blancos, vacíos y otros llenos de tierra, de agua y lodo; tres personajes simplemente permanecen. No

existe en ellos mayor vinculación que la de estar, cada uno frente a una inmensidad que va más allá de sus limitaciones. Ese estar es abruptamente intervenido por fuerzas terráneas que colocan a los personajes en una relación distinta con el espacio y donde son acometidos por este mismo espacio. El terrario se torna zona de peligro. Entonces, los personajes comienzan un camino de comunicación y de salvataje; comprenden que la única manera de sobrevivir es estableciendo relación para así emprender un esfuerzo solidario que permita la vida, por un lado, y que contenga la amenaza, por otro (en este caso el desborde del lago Riñihue). Notable la escena de los personajes cuando, cada uno con su herramienta, limpian y descomprimen las áreas de congestión y desastre. Coordinación y ritmo, concentración, distintos sonidos para un mismo fin. Después de toda una faena, los personajes colocan baldes de contención (baldes que impedirán el desborde del río). En este punto los actores realizan una gestualidad paralela, sincopada y agotadora. Y al final, vuelven a tomar su postura inicial; postura que apunta a una ciclicidad señalada por los nudos y tejidos del destino terrario.

Margarita Poseck logra dar a este montaje una impronta agobiante sin jamás caer en el melodrama. Para ello propone una expresividad restringida en los actores y una absoluta mudez. La palabra aquí no tiene sentido, no sirve, no soluciona, no calma; para comunicar desastre, amenaza, pala, lodo, trabajo, sólo basta el gesto y su acción. Y, por cierto, la mirada; una mirada que dice abismo, una mirada que alberga el temor de saberse precarios, una mirada que atisba si más allá viene la muerte. Y respecto a la mirada, hay que señalar que resulta interesante que en este terrario los otros –los que están fuera, los espectadores, los que viven y miran desde otro terrario- se ven a través de este espacio en peligro como un espejo posible de vivir o vivido. Vemos, por cierto esa instalación vidriada donde en vez de iguana o serpiente hay hombres.

Los actores se muestran contenidos, pero no llegan

jamás a la neutralidad. La mirada, los gestos y las acciones expresan el agobio, el esfuerzo y el dramatismo de saberse vulnerables. Francisco Ríos responde acertadamente a través de su corporalidad a los requerimientos de la escena; lo mismo que Sergio Rosas, quien centra en su rostro el miedo y el agobio del desastre.

Cristóbal McIntosh, a pesar que nos pareció el más débil, sugiere esa sensación de abandono y soledad ante una fuerza mayor a la propia fuerza. Tarea, por cierto, difícilísima pero que logra ser efectiva.

La música y la iluminación alcanzan, en este montaje, a dar con la nota precisa: sonidos concretos, agua, piedra, tierra que se rompe y se repite dando la idea que se plantea: algo ocurrió y puede volver a ocurrir. Y la luz está allí precaria, minimalista; iluminando pedazos, fragmentos de un terrario siempre al borde del abismo. Todo un conjunto que visualiza la incomprensión de los avatares de la naturaleza.

Por último, debemos decir que la propuesta escénica de la mano de Poseck y De Grenade, y con la dirección de la primera, es una fusión enriquecedora, novedosa y, sobre todo, valiente frente a una situación particularmente sensible entre los valdivianos. Ellas, por suerte, asumen que el arte se hace con todo y a pesar de todo.

Deseamos que este montaje se repita para que cada uno de los habitantes de esta ciudad pueda vivir esta experiencia “terrario” y, así, percatarse que es (somos) una partícula deleznable en un espacio tan grande como lo es nuestra pequeñez

Maha Vial
Actriz
Poeta

CABALLO DE PROA. Valdivia, agosto 2010

PALABRAS A PROPÓSITO DE TERRARIO

¿Obra? Sí. Pero no exactamente. ¿Instalación? También. Pero no del todo. ¿Performance? Podría ser, pero tampoco. Algo de las tres manifestaciones plásticas nombradas, pero no sólo.

Con la participación de los actores Francisco Ríos, Sergio Rosas y Cristóbal McIntosh de la Compañía de Teatro de la Universidad Austral de Chile (UACH) de Valdivia, dirigidos por Margarita Poseck se realizó la obra Terrario en el espacio del Museo de Arte Contemporáneo también perteneciente a la UACH. Asistí a la obra sin tener información al respecto excepto que se trataba de una puesta en escena que daba cuenta de lo que en el decir común se ha denominado “El Riñihuaso”.

Para alguien como yo, que no presencié el hecho real, la obra es una experiencia conmovedora y angustiante que no deja indiferente a nadie. Terrario impacta porque es más que una obra en el sentido común de la palabra. Es en verdad un acontecer, una experiencia vital. La obra transcurre en

el espacio ‘a medias’ rescatado de una antigua cervecería destruida por el terremoto valdiviano del año 1960. En medio de una gran sala frente al Río Calle-Calle, que nos habla por la propia herida, es decir a través de sus columnas mohientas y herrumbrosas y sus húmedos muros semi-blanqueados por una liviana ‘manito de cal’, se extiende el escenario o “terrario” del cual Margarita Poseck se apodera para activar la memoria, la emoción, el sentido de la precariedad humana y la ‘tembladera’ vital. Y lo hace para un público que mira atento y de pie soportando tanto el frío como la humedad, que debido a las condiciones del espacio es real por un lado y una proyección del acontecer en el ‘terrario’ por el otro. Un afuera y un adentro que bien podrían invertirse. La obra puede y debe ser mirada desde cualquier ángulo y casi obliga al espectador a rodear la puesta en escena forzándolo a circular de una manera física y participativa para evitar el frío y soportar la tensión que sube de tono a medida que se va desarrollando la acción.

Volviendo al comienzo y a la descripción del carácter de esta obra, es interesante ver como la directora crea un espacio real-imaginario que conmueve y transforma al espectador con extrema sobriedad y sin alardes. Arte sin duda, por su capacidad comunicativa e impactante. En ningún momento existe siquiera la posibilidad de que lo que se está presenciando tenga la intención de entretener. Una cantidad enorme de baldes plásticos de pintura (reellenos con piedras, agua, barro o vacíos) sirven de escenario para la acción de los actores a la vez que se transforman en los distintos elementos necesarios para escenificar los distintos cuadros. Baldes que instalan escenas que funcionan por su fuerza plástica y expresiva. Cuerpos que casi bailan o construyen cuadros fotográficos significativos. Es el cuerpo de cada uno de los actores el que habla, y la voz propiamente tal no tiene otro uso que el de emitir sonidos de dolor o de sorpresa, de frustración o muerte. La música que envuelve a la obra como un fierro al rojo vivo, es monocorde y se construye sobre los sonidos reales de lo que significó el desborde del Lago

Riñihue con su acarreo de rocas, piedras, árboles, tierra y agua que arrasaron con todo lo que sucumbió a la fuerza titánica del agua en su descenso hasta arribar y cubrir casi en silencio la ya castigada ciudad de Valdivia y su población expectante. Y la luz. La luz es un elemento más, incisivo, filoso como un cuchillo.

El hombre frente al poder a veces bondadoso, pero en este caso en extremos destructor de la naturaleza, se encuentra presente aquí. También y a la vez, la tenacidad y el orgullo de la voluntad humana que se enfrenta con la mente y las entrañas a esa misma y potente naturaleza ya mencionada. Los tres actores involucrados, logran transmitir a cabalidad en los 4 o 5 cuadros minimalistas el peso del drama en los cuales se desarrolla la trama y quedan gravitando con un peso devastador en quienes presencian la obra. Quizás un buen término para describir esto sea el de 'instalación preformativa experiencial'. Y lo invento, porque no encuentro uno que lo diga. Para mí, que vengo del mundo de la palabra, y más específicamente de la poesía, me parece que la concentración de significados, la potencia expresiva de cada uno de los actos, la gran metáfora construida en base al vocabulario teatral, la fuerza explosiva de lo no dicho, hacen de esta obra un poema visual, una puesta en escena que transforma al espectador; lo penetra por todos sus poros y sentidos y lo remece. En estos tiempos de prepotencia humana (quizás siempre presente en la historia pero ahora omnipresente), me parece que una obra como esta, no sólo es necesaria, sino que puede ser para algunos el orificio a través del cual entiendan que la tierra siempre dice lo que tiene que decir y permanece. Que los hombres y mujeres que la habitan, deben trabajar con ella y entre ellos para lograr una existencia digna (como sucede en la obra y en la realidad: juntos, porque parece ser que la obra nos dice que la adversidad está ahí para recordarnos cuán pequeños somos y cuánto necesitamos de la o el otro). Una obra que construye un movimiento. Una obra que pasa de un cuadro donde tres hombres están cada uno en lo suyo con la mirada

casi ensimismada, a los cuadros siguientes y frenéticos donde los brazos, las piernas, el trabajo y el aliento parecieran ser un solo y desgarrado animal. Para terminar quiero decir que la obra tiene un dejo ineludible de tragedia. Nada de lo que los hombres y mujeres hagan puede cambiar el sino de lo que debe acontecer allí. A lo más pueden intentarlo y sanar un pedacito del alma. Una tragedia que marca a fuego lo que quizás y por un momento, los valdivianos quisimos olvidar. La obra entonces, es, me parece, un imprescindible tanto para Valdivia como para el país. Una obra que estremece y obliga a pensar en qué es lo que realmente importa cuando lo que está en juego es la conciencia de la vida y la muerte. Del yo y el otro.

Verónica Zondek,
Poeta
Valdivia, mayo 2010

TERRARIO, una obra teatral sobre el “Riñihuazo”

La maravillosa puesta en escena de Terrario por la Compañía de Teatro de la Universidad Austral de Chile, es sin duda uno de los hitos con los que la comunidad artística valdiviana conmemora (¡Que palabra! Conmemorar: memorar, recordar juntos, en la comunidad) el terremoto del 22 de Mayo de 1960: ese del que tanto nos gusta enorgullecernos como el de mayor magnitud jamás registrado.

El Teatro postdramático es un concepto que se ha instalado en el arte contemporáneo. Al reseñar las características de esta postdramaticidad el gran teórico alemán Hans-Thies Lehmann señala que lo fundamental es la pérdida del carácter dependiente del espectáculo con respecto del texto dramático. Ya no hay un guión poético con un conflicto que guíe los demás elementos de la puesta en escena: escenografía, iluminación, vestuario, etc, y a este cambio, el lo llama parataxis, una estructura no jerárquica en que todos los elementos tienen la misma importancia.

Esta falta de jerarquización vuelve a todos los componentes de la puesta en escena altamente significativos y en TERRARIO esto queda demostrado palmariamente en o que

uno contempla en principio: una instalación más propia de las artes visuales que del teatro, en que, dramáticamente, se oponen la naturaleza, en este caso el barro, y los elementos de trabajo: los baldes en primer lugar, pero también los tablores y palas.

Los movimientos actorales de una laboriosidad exquisita en su apariencia tan sencilla, la iluminación, las voces y los ruidos del chapotear y el rascar transmiten sensaciones y emociones especialmente evocativas para quienes vivimos o podemos imaginar el gran sismo.

Mención aparte para la música del gran Jorge Vio. Una partitura cercana a la música concreta y claramente programática que alcanza su climax, como no podía ser de otra manera, en el terremoto mismo, cuya evocación no he sentido jamás con tal fuerza por otros medios.

Felicitaciones al elenco, a la diseñadora y a la directora por esta muestra de un teatro contemporáneo tremendamente cercano y que sin duda conmoverá al público que asista al MAC (Museo de Arte Contemporáneo de Valdivia)

Roberto Matamala
Dramaturgo

Director de Teatro
Phd.Teoría Literaria y Literatura Comparada
Universidad Autónoma Barcelona

DIARIO AUSTRAL. Valdivia, mayo 2010

En homenaje a los hombres que trabajaron en la “epopeya del barro”
en la zona del Lago Riñihue , Mayo-Junio de 1960



Universidad Austral de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades